Baedecker de la poesía en Navarra

Julio Neira

Desde hace más un siglo las antologías han tenido singular importancia en el discurso evolutivo de la poesía española contemporánea. Algunas han clausurado una etapa; otras han servido para consolidar una nueva estética o un grupo de nuevos poetas; otras, por fin, han sido determinantes en operaciones de mercadotecnia. Veremos enseguida algunos ejemplos, pero en todo caso avanzo (frente a sus muchos detractores), que a mi juicio se trata de un instrumento sumamente útil para aclarar el panorama no siempre nítido, y la mayor parte de las veces muy complejo, de la poesía contemporánea.

En 1906 *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas*[1], venía a dar carta de naturaleza a quienes en pos del ejemplo de Rubén Darío inauguraban la modernidad del nuevo siglo, apenas unos años después de que Juan Valera y Alcalá Galiano clausuraran la poesía del anterior en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX* (1902-1903). Bien conocida es la trascendencia que tuvo la antología de Gerardo Diego *Poesía española contemporánea* en 1932 –tan discutida entonces– para la configuración del concepto Generación del 27. Es muy probable que fuera esa huella decisiva la que marcara el auge posterior de las antologías. En 1952 la *Antología consultada de la Joven Poesía Española* arropó la presentación colectiva de los poetas no adictos al *clasicismo* oficialista (Otero, Celaya, Hierro, Nora, Crémer, Gaos, etc.). José María

---

Nueva poesía en el viejo reyno. Ocho poetas navarros. Selección y estudios preliminares de Consuelo Allué, Hiperión, Madrid, 2012.

[1] Hay reedición facsimilar a cago de Marta Palenque, Renacimiento, Sevilla, 2009.

Castellet en 1960 con *Veinte años de poesía española (1939-1959)* y en 1964 con *Un cuarto de siglo de la poesía española (1939-1964)* incorpora a la llamada Generación del 50 (desde Claudio Rodríguez a Valente, pasando por Barral, Gil de Biedma, González y Caballero Bonald, etc.); y en 1970 el mismo crítico eleva al sumo grado el valor de las antologías como excipiente generacional con *Nueve novísimos poetas españoles*, que sería denostada e imitada casi a partes iguales en las décadas posteriores. El debate estético pasó de los análisis y los estudios en las revistas a la contra edición de antologías. El punto culminante de esta inflación llegó con las postrimerías del XX, pero no parece haber decaído, pues es raro que una nueva promoción de poetas no busque antes de nada su antología identitaria. Merece la pena destacar por su ecuanimidad *Cambio de siglo (1990-2007)*, obra de Domingo Sánchez-Mesa, en Hiperión.

Pero no todas tienen ese carácter programático generacional. En esta auténtica cascada de antologías merece la pena destacar algunas que han sabido poner el foco del interés crítico sobre asuntos hasta entonces relegados. Tal es el caso de la incorporación de las mujeres al panorama de la poesía española, detectada como fenómeno emergente por Ramón Buenaventura en *Las diosas blancas. Antología de la joven poesía española escrita por mujeres* (Hiperión), en 1985, hoy plenamente consolidado, que posiblemente ha sido el cambio más relevante y sociológicamente significativo en la poesía española del último cuarto del siglo XX. O la que en 2002 elaboró José María Conget, también para Hiperión: *Viento de cine. El cine en la poesía española de expresión castellana*, que pone de manifiesto la imbricación del lenguaje cinematográfico en el poético a lo largo del siglo.

Sea cual sea su propósito, la antología poética se ha convertido en un género en sí mismo, y como tal debe cumplir unas normas, aunque en su caso la amplísima tipología (las hay cronológicas, temáticas, geográficas, genéricas, estróficas, etc.) le permita una variedad de criterios tan laxa que es difícil que su autor o su autora no se sienta a sus anchas. Siempre que asuma un axioma infalible: la antología será siempre objeto de crítica por aquellos que no hayan sido incluidos creyendo tener méritos para ello. Y ya se sabe que la consciencia de las propias insuficiencias no es precisa-

mente la mejor cualidad de los hacedores de versos. Mas la arbitrariedad de los límites, establecidos casi siempre por el editor, es también el gran riesgo de las antologías, cuya calidad dependerá por tanto del rigor y la profesionalidad de quien acepta el encargo de reunir lo disímil, de establecer vínculos a veces hialinos entre autores muy diferentes en temática, estética, o carácter; y sobre todo de su capacidad para construir un discurso que haga coherente la obra al lector.

Labor resuelta airosamente, a mi juicio, en *Nueva poesía en el viejo reyno. Ocho poetas navarros*, a base de prescindir de cualquier hilo conductor, de cualquier discurso vertebrador. No se trata de montar un tratado de navarridad poética, ni de construir un elenco de características aglutinantes diferenciales. Cosas más artificiosas se han visto. Sino de ofrecer a los lectores externos a los límites provinciales un buen escaparate de la mejor poesía escrita en Navarra en la actualidad en castellano, con el propósito de facilitarles el conocimiento de autores de trayectoria diversa, «con criterios y opciones propios, individuales, diferentes, que han construido mundos estéticos a partir de decisiones y evoluciones personales y de la elección de maestros, españoles y universales, afines a sus diversos caracteres y planteamientos, a sus visiones del mundo y de la poesía», en palabras de Jesús Munárriz, editor del libro. Y hecho todo con tanta «neutralidad» que la ordenación de los poetas adopta un criterio aséptico como ningún otro: el alfabético –tal vez el cronológico de inicio de las publicaciones hubiera sido más coherente–; y la selección de los textos es responsabilidad de los propios autores. Lo que nuevamente aporta variedad, pues unos hacen una selección panorámica del conjunto de su obra y otros optan por incluir textos de los libros con los que ahora se sienten más identificados.

Esta es, creo, la gran originalidad de la antología: la autenticidad con que se confiesa panorama, guía de poetas diferentes, reunidos con el solo criterio de la calidad de cada uno, aunque esta también sea disímil. Ocho autores consolidados, cercanos a la cincuentena, de temática, estética y técnica distintas, nacidos en Navarra y, salvo uno, residentes en ese viejo *reyno*, de los que se nos ofrece una especie de puerta para conocimiento, disfrute y profundización en sus respectivas obras. Sólo encuentro una

objeción a los criterios de elaboración de esta antología. Y es de raíz: siendo Navarra una Comunidad bilíngüe, hubiera parecido lógico encontrar también una selección de los mejores poetas navarros que se expresan en eusquera, a los que conviene tanto o más que a los de lengua castellana un escaparate para los lectores de fuera de Navarra. No hubiera sido difícil teniendo en cuenta además que la autora de las introducciones, Consuelo Allué, es filóloga bilingüe. La incorporación de los poetas euskaldunes, con la traducción de sus textos al castellano, completaría realmente el panorama de la poesía escrita en Navarra. Aunque desconozco si este tipo de planteamientos encaja en la política cultural del Gobierno de Navarra, que financia la publicación.

De la lectura de este panorama poético de la Navarra de hoy podemos extraer las mismas notas distintivas del conjunto de la poesía española actual: el eclecticismo que evita el predominio de una corriente sobre las demás y la pacífica convivencia entre todas ellas, y la riqueza que tal variedad aporta. En *Nueva poesía en el viejo reyno* encontramos desde la resultante de la fusión de la experiencia de la cotidianidad con la mitomanía en los textos de Daniel Aldaya al telurismo realmente mítico de la lírica de Marina Aoiz. La arquitectura metafórica y poemática que resulta de la apasionada voluntad de estilo con que Javier Asiáin rememora lo vivido precede a la naturalidad casi coloquial con que Fernando Luis Chivite da cuenta de una experiencia personal de la realidad exenta de grandilocuencia. Los poemas en prosa de Francisco Javier Irazoki que apuestan por el irracionalismo expresionista tamizado por la musicalidad, pero no supeditados a ella («¡Me molestan tanto las ideas torturadas por la estética!», advierte), para expresar una dimensión colectiva de la memoria personal, anteceden a los versos de Alfonso Pascal Ros, observador melancólico e inconformista de la realidad, regidos por una notable economía de recursos estilísticos. La de Maite Pérez Larumbe es una poesía de la indagación, herramienta de conocimiento en la experiencia personal o en la de personajes históricos (Eva, Penélope, Yudith) como símbolos universales del dolor, la autoafirmación o el fracaso en los que reconocer las angustias propias. Por el contrario, las referencias clásicas tienen en Alfredo Rodríguez fin en sí mismas («Uno escribe poesía como aquellos jóvenes lacedemo-

nios iban prestos a la batalla», explica). Discípulo de José María Álvarez es la suya una poesía estetizante que genera un mundo propio que se justifica en la belleza, con coordenadas difíciles de hacer compatibles con las que marcan la existencia diaria. Paraíso artificial como tantos, que permite una escapatoria en el que –ya lo dijo Rimbaud– seamos otro.

Como se ve, se trata de una amplia guía para recorrer el universo poético de Navarra, un amplio muestrario en que cada lector, o lectora, puede hallar su propio y personal camino de disfrute. Son vías diferentes, a veces contrapuestas, que llevan a lugares muy distintos. Pero todas ellas bien señalizadas por los comentarios certeros de la profesora de la Universidad Pública de Navarrara Consuelo Allué –especialista en la poesía navarra del medio siglo y de Ángel Urrutia en concreto–, que expone con precisión envidiable las características de cada autor, el sentido de cada trayectoria, el significado profundo de los poemas. Cada una de las ocho introducciones orienta con economía de esfuerzos y con mucho sentido de la función que le es propia: ayudar a poner en valor los poemas, huyendo del lucimiento personal, hasta tal punto que se hacer desear una mayor amplitud de sus comentarios. Tal vez porque no estamos acostumbrados a un ejercicio tan pulcro de la filología: explicar los textos y facilitar su lectura y su comprensión, dejando el protagonismo a quien realmente debe tenerlo: los autores y los lectores.

Nueva poesía en el viejo reyno. Ocho poetas navarros es, en suma, un excelente recorrido por la actualidad poética de esta Comunidad y un magnífico ejemplo para otras. Una serie similar para las dieciséis restantes ofrecería un diagnóstico completo y preciso de la riqueza de la poesía española contemporánea ©